Ediciones P. Martín

Flamencos del Más Allá-1



AURORA LA CUJIÑÍ

Robert Bontine Cunninghame Graham

1898

AURORA LA CUJIÑI

Isbilieh (como los moros llamaban a Sevilla) nunca había estado más mora de color y de luz que aquel día de primavera. El aire olía a azahar; los patios y los balcones tenían el aroma de la albahaca y del almoraduz, plantas traídas a Sevilla por los moros desde Nabothea e Irak-el-Hind. La ciudad que había servido de trono al linaje regio de los Beni-Abbad parecía estremecerse recordando su pasado de sensualidad y de sangre. Los cerros del Aljarafe se levantaban en el horizonte como una niebla violeta, pero al mismo tiempo parecían tan próximos que se creería poder tocarlos con la mano. Por el otro extremo del compás, la lejana sierra de Ronda recortaba sus picachos desgarrados, fortificaciones para detener una invasión africana que podría venir de otra sierra del país de Angera paralela a ésta, allá al otro lado del Estrecho. La Giralda estaba bañada en esa luz delicada y rosácea que el atardecer suele dar en Sevilla a los edificios de construcción árabe, haciéndola parecer recién construida, recién terminada, para mayor gloria de Dios único y del gran camellero su profeta, por el mismo artífice que labró dos torres semejantes en Rabat y en Marrakesh. En el gran río, a quien los cristianos no supieron dar otro

nombre que el que le pusieron los perros moros, la marea vaciante imprimía un perezoso bailoteo a los faluchos de altas y puntiagudas vergas, a las blancas goletas fruteras de los noruegos, a las carracas venidas del puerto de Londres, a los volanderos de Glasgow o los carboneros de vapor procedentes de los Hartlepools o de Newcastle-on-Tyne. La gran catedral donde yace Fernando Colón, el edificio gótico más meridional de toda Europa, levantado sobre el solar de una antigua mezquita, tan grande, según algunos, como la de Córdoba, abrumaba con su mole al Patio de los Naranjos, silencioso como una tumba a esas horas; y todo ello, catedral y patio juntos, parecían aislarse y defenderse de la ciudad circundante encaramándose a su gran podio, con sus pilares de mármol y sus pesadas cadenas de hierro. El Alcázar, la Torre del Oro, las iglesias, sobre todo San Juan de la Palma, semejaban llorar la ausencia de sus alarifes, como todos los edificios sarracenos de la Península. A pesar de su ignorancia de las artes plásticas, basando su arquitectura en las formas elementales de la palmera y la tienda, con una literatura casi incomprensible para los pueblos del Norte, las tribus venidas del Hedjaz, del Yemen, de más allá de Hadramut, han dejado su huella por dondequiera que han pasado, pues esa raza sabía muy bien que la vida es lo primero, el negocio más importante que tenemos entre manos, y que todo lo demás viene en segundo lugar. Sus ojos, sus pies, sus versos y su visión materialista del mundo han quedado grabados indeleblemente en todos los pueblos sometidos a su influencia. Las pisadas del árabe y de su caballo no se borran jamás; incluso hoy día su lengua permanece empotrada, como un mosaico, en el vocabulario de la España meridional, dándole fuerza.

Muchas cosas notables han ocurrido en Sevilla desde que Ojeda, antes de zarpar para las recién descubiertas Indias, demostró ante los Reyes Católicos y ante una gran muchedumbre su sangre fría, andando por una viga que salía al vacío desde el último piso de la Giralda y lanzando una pelota por encima de la veleta. Desde que San Fer-

nando expulsó a la dinastía de los Beni-Abbad, y Motamid, el rey poeta, tuvo que refugiarse en Mequínez, como cuenta Abd-el-Wahed en su verídica historia de esa época, muchas cosas han pasado y han quedado escritas en sangrientas crónicas. En el Alcázar, Pedro el Justiciero amó a María de Padilla y construyó el estanque donde el degenerado Carlos II solía pescar mientras su imperio se le escapaba de entre los dedos. Vinieron los calés de Hind, de Multán, o de cualquiera de esas regiones transcaucásicas o cis-himalayas, y se extendieron por toda España, instalándose firmemente en un barrio de Sevilla llamado Triana (por el emperador Trajano, nacido allí, según algunos), donde hoy en día no cesan de chamullar en romaní, de chalanear caballos, de echar la buenaventura y de vivir como si el mundo fuera una gran ostra que ellos solos pueden abrir con sus lenguas zalameras y agilísimas.

Aquella tarde, pues, de un domingo del mes de mayo, acababa de terminar la corrida, dejando en el aire ese aroma de sensualidad y de sangre que parece cernirse sobre Sevilla cada vez que hay toros, como me imagino ocurriría también en Itálica, en tiempos romanos, después de las luchas de gladiadores.

Había terminado la corrida. Los turistas habían acudido en masa después de censurar la barbarie española, naturalmente –y ahora salían satisfechos, encantados con lo pintoresco de la fiesta.

Habían sonado las trompetas, llamando al martirio a los caballos; pobres caballos: cada uno trabaja por cincuenta hombres, y tiene tanto derecho, según todas las reglas de la lógica y de la anatomía, a tener un alma, si es que el alma existe, como el más sabio de los filósofos. Famélicos y despeluchados, los caballos se habían pisado las tripas, habían sufrido cornadas sin un gemido, sin una lágrima, sin un murmullo, fieles hasta el fin; habían puesto fuera de peligro a sus jinetes, para caer por fin en la ensangrentada arena con la cola temblorosa, mordiéndose la pobre lengua reseca, y morir en heroico silencio, como los mártires cristia-

nos en los circos de Lyon o de Roma.

En el ruedo los ágiles toreros, serpentinos y relumbrantes en sus trajes de orillo, habían burlado al toro con carrerillas y saltitos, clavándole banderillas en la nuca.

Otros, esperando que se acercase la fiera hasta tocarles y colocando un pie en la testuz, habían botado ligeros por sobre las astas, en el llamado "salto de trascuerno", ayudados de una pértiga, con la que vuelven a aterrizar, con la suavidad de una pelusa, detrás del toro, refugiándose en seguida en el burladero, desde donde agarran un momento al furibundo toro por el rabo, o les hacen fuera otras mil diabluras, para todas las cuales tienen un nombre los entendidos: "volapié", "galleo", "tijerilla", "verónica" o "chatré". Y de todas escapan, por supuesto, con vida.

El espada se había adelantado para murmurar su brindis en andaluz, lanzando la montera por encima del hombro al palco presidencial, y después de hundir el estoque en los músculos del cuello y ver que rebotaba en el aire y caía, manchado y doblado, a la arena, tomando otro nuevo de manos de uno de sus peones había conseguido por fin asesinar a su enemigo entre atronadores aplausos.

Sangre en la arena: el sol reverberaba fuego en las paredes blancas; caras de mujer embadurnadas de cascarilla, aleteo de abanicos rojos y amarillos, mantillas de encaje sobre un pelo brillante, como nieve recién caída sobre la grupa de un caballo negro: en una palabra, encuentro del oriente y el occidente, que las voces de los aguadores, guturales como gritos de arrendajo, subrayaban con su pregón de "¡aguaaaaa!".

Un olor a sangre y sudor se elevaba de la plaza, y actuaba sobre la multitud como un afrodisíaco.

Mujeres de aspecto atrevido se apretujaban las manos unas a otras, y se lanzaban miradas ambiguas, como si fuesen medio-hombres. Jovencitos de grandes flequillos, caderas ondulantes y ojos de mirada tenaz, femenina, se sentaban muy juntitos, apretaditos. La plaza era un caleidoscopio de sangre, puterío, sol, colores vivos, flores, palmeras

que cabeceaban en lo alto, mujeres con rosas detrás de la oreja, mulas enjaezadas de lana roja, vendedoras de puros, gitanos, turistas, y, para rematarlo todo, esos golfillos meridionales de aspecto patibulario que aquí pasan por niños, aunque estoy seguro de que han nacido viejos y llenos de malicia. Todo esto salía por el gran portalón del coso como por el vomitorium del anfiteatro romano salían todos aquellos latinos ebrios de sangre: "Civis romanus sum", y todas esas monsergas.

Se veían los caballos muertos, rígidos, amontonados en un carro, con las patas asomando por entre los barrotes, patéticas y grotescas. Volcaron una carretada de arena sobre la sangre, que formaba charcos negruzcos en varias partes del ruedo; entonces salió, fumando un puro y contoneándose delicadamente, el astro de la tarde, el matador, que al instante desapareció en su coche, seguido por las miradas de todos. Las calles pululaban de muchachas que paseaban rápidas, con sus incomparables andares, sin rival en el resto del mundo, y en la calle de la Pasión las mujeres de la vida, pintarrajeadas y empolvadas, esperaban junto a las rejas, prestas al negocio, sin quitar ojo a los hombres que pasaban.

Los novios, desde la calzada, hablaban por señas con las chicas que se asomaban a los balcones, confiando la proteccion de su virtud a la distancia y a la presencia oculta de sus respectivas madres, agazapadas tras las cortinas.

De trecho en trecho se veía algún hombre apoyado en una reja, bisbiseando a su amada y cogiéndole la mano por entre los hierros, mientras los transeúntes pretendían no verlos, y se echaban al centro de la calle o pasaban apartando la vista para no ser espectadores de este primer acto en la gran comedia de la vida.

En la gran plaza, entre las palmeras, los bancos pintados de color salmón estaban llenos de hombres que parecían vivir allí, y que contribuían su parte alícuota al vasto consumo nacional de palabras, discutiendo, en calidad de "inteligentes", todos los incidentes y vicisitudes de la corrida,

los viejos deprecando las modernas innovaciones y suspirando por los tiempos remotos de Cúchares o del "zeñó" Romero, el que trajo del cielo a la tierra el arte del toreo, como dicen sus admiradores. Si acertaba a pasar una muchacha, fuese pobre o rica, condesa de los Madriles o gitana de Triana, los del banco emitían su juicio inexorablemente, como si se tratase de un caballo en venta o de un esclavo en el mercado de Fez. Se pasaba revista a los ojos, a los pies, al pelo, a todos los detalles del vestido, y si el veredicto era favorable, se lanzaba oportunamente el piropo de rigor: "¡Bendita sea tu madre!", con otras exclamaciones que harían ruborizarse a cualquier cabaretera parisina, y todo lo recibía la chica de buena gracia, como cosa cotidiana, con una sonrisa o una palabra de agradecimiento, según su clase social, siguiendo su camino algo más encendida de color o con un poco más de "meneo" en sus caderas o en sus pechos.

La gente se agitaba, pasaba y repasaba como una procesión de hormigas por la calle de Sierpes, principal arteria y bazar de la ciudad, cubierta con un toldo en toda su largura. Los cafés rebosaban de clientes, todos hablando de la corrida, maldiciendo del gobierno o discutiendo la belleza y virtud del mujerío de sus respectivos pueblos. Tras los vastos ventanales de los clubs se veía descansar a la "haute gomme" en lujosos butacones, todos tiesos en sus trajes a la inglesa y sudando la gota gorda con tal de resultar lo más anglosajones posible, afectando una elegante indiferencia ante las miradas del público. Las vendedoras de limonada, de horchata, de agraz, y de dulces pesados y pringosos, con sabor a hinojo y a angélica (legado de la repostería moruna), iban y venían pregonando su mercancía, dispuestas a marcharse con cualquiera que aventurase con ellas medio duro. Las tiendas estaban llenas de fruslerías inútiles que sólo se venden en España, baratas y de un gusto atroz; y que le hacen a uno pensar que la industria moderna tal vez consista en producir cosas que nadie quiere.

Como después del evangelio viene el sermón, y después

del nublado la tormenta, la sangre de los toros había acelerado el pulso a los hombres, haciéndoles encaminarse instintivamente a las casas de baile, lo mismo que el borracho vuelve a agarrar la botella por la mañana para olvidar la juerga de la noche. Todos acudían al Burrero, y entraban dándose empujones y codazos, sin hacer caso de las viejas harpías que había sentadas a la puerta, vendiendo flores marchitas y cajas de cerillas de colores chillones. Aquel templo de la danza era un edificio enorme, destartalado como un granero, polvoriento, con un aire de desolación que hacían más pronunciado los candiles de aceite colgados de las paredes.

En medio del suelo enarenado, y alrededor de veladores de madera se sentaba en inseguras sillas de junco la flor y nata de la golfería española, mientras que junto a las paredes, de pie, se agrupaban tipos que, a juzgar por su indumentaria, no podían ser más que chulos o chalanes, todos con el pelo muy grasiento y peinado sobre la frente, en flequillo, pantalones muy ajustados a las caderas, chaquetas cortas, de alamares, y sombreros vaqueros de fieltro de ala rígida, por la que pasaban el dedo constantemente para asegurarse de que el borde permanecía recto.

Otros se cubrían con capas harapientas. Había además algún que otro mayoral o zagal de cortijo, uno o dos toreros y unos cuantos maricas de burdel.

El local ostentaba por añadidura un destartalado gallinero que parecía a punto de caerse y algún que otro palco muy necesitado de un buen barrido, sin muebles ni más adornos que uno o dos ramos de flores pintados sobre el enlucido de la pared y una triste litografía del monarca reinante acompañado por un torero. Uno de los palcos estaba vacío, y en el otro había dos señoras extranjeras que habían venido a Sevilla a ver mundo, y que tosían y se frotaban los ojos, irritados por el humo de los cigarros. Una neblina azulosa llenaba la sala, como el incienso que purifica las iglesias con su misterioso perfume.

En el fondo del escenario, en fila, como las flores de un

jardín municipal, se exhibían seis o siete chicas muy pintarrajeadas, sin ningún disimulo, llenas de chafarrinones como las damas de los cuadros de Velázquez, lo cual les daba un aire de algo artificial y guiñolesco; por debajo de las faldas asomaban sus pobres botines de tacones carcomidos; llevaban el pelo recogido en un moño alto, rematado por una peineta, y una flor roja detrás de la oreja, pero tampoco este tocado bastaba a redimirlas del aire general de pobretería que las impregnaba.

Esperaban que les llegase el turno de actuar, y mientras tanto fumaban, se pellizcaban unas a otras, cruzaban bromas con sus amistades del público, y de vez en cuando una se levantaba y se dirigía a uno de los espejos que había a un lado y otro del escenario, para arreglarse el pelo y sacudirse el vestido, como un pájaro que se sacude las plumas después de rodar en el polvo.

A un lado del tablado se sentaban los músicos, dos guitarristas y otros dos tocadores de un instrumento pequeño que se llama "bandurria", y que es una especie de cruce entre una guitarra y una mandolina, y que se toca con un ritmo extraño, monótono al principio, pero que luego, poco a poco, como el golpear de un tam-tam, acaba por hacer hervir la sangre de los espectadores, imponiéndoles silencio y atrayendo todas las miradas hacia el escenario. Sonaba sin cesar el rasgueo de las guitarras, que se produce pasando la mano sobre todas las cuerdas juntas y tiene algo del misterioso ruido que hacen los pavos cuando arrastran las alas por tierra. De repente, uno de los hombres rompió en un canto semisalvaje, de intervalos tan raros, de compás tan oscilante y ritmo tan confuso que al principio aquello más parecía aullido de lobo que canto, pero poco a poco su rareza penetraba en el alma y la estremecía hasta los tuétanos. El que ha oído esta música encuentra después sosa y aburridas todas las otras músicas.

El cante terminó abruptamente, sin que se supiese por qué, extinguiéndose en una nota muy alta y arrastrada; entonces se levantó una muchacha, animada por sus compa-

ñeras con gritos de "¡Venga, Juana!", "¡Vaya, salerosa!" y por un fuego cruzado de sombreros que cayeron sobre el tablado como una nube de metralla. El público seguía chillando "¡Tu sangre!", "¡Tu cuerpo!" y sonando las palmas rítmicamente, y la bailarina danzaba y danzaba, estimulada por el incesante palmoteo, hasta que al fin, agotada, se desplomó en una silla. El público bebía manzanilla en vasitos del grosor de una caña azucarera, comía boquerones, cacahuetes y olivas, pero todo ello sin cesar de hacer comentarios sobre el espectáculo, pues en Sevilla todo el mundo entiende de bailaoras y de toros, sobre todo la gente de las clases bajas. Entre los más viejos había un gitano que aunque a veces gritaba "¡Salero!" de una manera mecánica, parecía poco satisfecho con la fiesta y por contraste evocaba las glorias de una antigua bailarina, muerta hacía tiempo, llamada Aurora y motejada la Cujiñi, jurando que desde sus tiempos no se había visto el verdadero baile flamenco, opinión en la que coincidían otros calés (pues el contingente del bronce siempre abunda en el Burrero), quienes además parecían dispuestos, si fuese necesario, a apoyar esta argumentación con las grandes tijeras, herramientas de su profesión de esquiladores de mulas, que suelen llevar en la faja.

No obstante, cuando ya parecía que la discusión iba a convertirse en batalla campal, salió al tablado otra muchacha. Nadie se había dado cuenta de su presencia mientras esperaba sentada junto a las otras, y eso que se diferenciaba algo de sus compañeras, tanto en el vestido como en el peinado.

Tenía aspecto de gitana, a juzgar por los ojos grandísimos y brillantes que su raza trajo del remoto Multán, y su forma de vestir era algo anticuada, con el pelo cayéndole sobre la frente y colgando hasta los hombros, a la moda de 1840, falda de muchos volantes, zapatos bajos con trabilla alrededor del tobillo y un mantón de la China envolviéndole el torso. Salió al centro del escenario con el aire de una yegua a punto de lanzar coces. Dijo unas palabritas al

oído del primer guitarrista, y éste, sonriendo, se puso a tocar un tango con el instrumento bien "requintado", pegándole a las cuerdas con todos los dedos al mismo tiempo, mientras la salvaje melodía morisca cascabeleaba, chirriaba y tremolaba en el aire.

La bailaora se quedó inmóvil un instante, dilantando las pupilas lentamente y esperando a que el público se fijase en ella, hasta que, de pronto, pareció darle un escalofrío, los pies comenzaron a arrastrarse suavemente sobre las tablas, los brazos desnudos se elevaron despaciosos, con los dedos retorcidos de una forma extraña, tal vez simbólica de los misterios de alguna religión milenaria. Según los gitanos, estos movimientos de las manos tejen una red con que la bailarina cautiva los corazones. Sus caderas eomenzaron a oscilar cada vez más, como si fueran a desconyuntarse, la falda barría el tablado a grandes coletazos, y el cuerpo de la gitana se estiraba y se estiraba hacia arriba y se combaba hacia adelante, las manos aceleraban el ritmo, las cortas mangas le caían hacia atrás revelando dos negros tufos de pelo en los sobacos sudorosos... La bailaora se cimbreaba hacia atrás, hacia delante, miraba al público desafiadora, cogió un sombrero de hombre y se lo puso, plantó los brazos en jarras, y siguió meciéndose majestuosamente, pero al mismo tiempo con una incesante trepidación vertical, como si tuviese mercurio en las venas, hasta que, poco a poco, fue pasando la conmoción, los ojos se le tornaron más opacos, los movimientos del cuerpo se hicieron más lentos, y entonces, de pronto, con un pisotón final y un grito ronco, se quedó completamente inmóvil, en la posición que llaman "dormida", hecha una estatua soberbia de impudicia y sensualidad. El público quedó en silencio, magnetizado, con las bocas abiertas, como sátiros atónitos; en su palco, una de las señoras extranjeras, intensamente pálida, reclinaba la cabeza en el hombro de la otra, que la tenía cogida por la cintura. Y, por fin, tras unos segundos, como un trueno, rompieron los aplausos y los vivas y los olés, y los sombreros llovían sobre el tablado, y el viejo gi-

tano se había subido a una mesa y saltaba como un chiquillo, gritando una vez y otra: –"¡No hay más que un Dios, no hay más que una Cujiñi!". Pero la Cujiñi había desaparecido en el tumulto, y ni los ojos del caloró, ni los del busné, ni los del gitano ni los del gachó volvieron a verla por siempre jamás, amén.

Tal vez dance todavía en los aquelarres de las brujas, o tal vez retuerza y disloque las caderas, bailando un fandango o un tanguillo, arrastrando las faldas por el suelo con un leve susurro, como de hojas secas, en ese extraño limbo donde flotan eternamente las almas de los gitanos y de sus asnos.

A veces se la ve aún, bailando delante de una venta, en alguna borrosa litografía, con la cabeza echada hacia atrás y dando un puntapié a un sombrero, en señal de poderío sobre los hombres y desprecio de los mismos, como aquella noche en que encarnó por corto tiempo, para respirar una vez más el aire de Sevilla, cargado de perfumes primaverales y de olor a sangre.



CAFÉ DEL BURRERO, DONDE SUCEDIÓ LA APARICIÓN

AURORA LA CUJIÑI

A REALISTIC SKETCH IN SEVILLE

BY

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM

WITH A FRONTISPIECE

LONDON
LEONARD SMITHERS
ROYAL ARCADE W
1898

portada de la edición original, 1898

Serie Flamencos del Más allá

Próximo título: Las psicofonías de Silverio

EDICIONES P. MARTÍN

JEREZ